

Seriedad y política (o la política de la seriedad). En torno al formalismo político chileno previo a la dictadura de 1973

The seriousness and politics (or policy of the seriousness). Around the Chilean political formalism pre 1973 dictatorship

Felipe Delgado V*

Resumen

El siguiente artículo profundiza en el ambiente político y social chileno de las décadas de 1960 – 1970, develando los formalismos propios del mundo de lo serio como medio de legitimidad social y un arma de subversión política para acceder a los mecanismos de poder. La retórica de la seriedad, en contraposición con las “conductas evanescentes” provenientes del mundo de la risa y de lo festivo, proclama un *ethos* político de la disciplina militante y doctrinaria, eficaz en las pretensiones de imponer un proyecto global de nación.

Palabras clave: Historia política, Historia de las mentalidades, Cultura política, Discurso político

Abstract

The following article deals with the political and social environment during the 60`s and 70`s, revealing the protocols of a serious world, a mechanism of social truth and a weapon of political subversion in order to have access to power. The rhetoric of seriousness, as a contrast with “evanescent behaviours” coming from the happy and festive world, announces a political *ethos* of the militant and doctrinal discipline, useful in the pretensions of imposing a global nation project.

Keywords: Politics History – Mentality History – politics culture in Chile – political speech in the 60`s

*Chileno, Profesor de Historia en la Universidad San Sebastian, sede Talcahuano, felipedelgado@vtr.net

La seriedad como modelo de vida

“la risa es el escudriño del diablo que deforma la cara y hace a los hombres parecer monos”

Monje Jorge de Burgos,
película *El nombre de la rosa*

En la democracia moderna, la adecuada administración del poder supone un evidente nivel de racionalidad política, sobriedad, responsabilidad y rectitud para quién asume dicha tarea. En la competencia por alcanzar el poder, estas “virtudes” deben sobresalir como credenciales para que los proyectos y alternativas políticas en disputa logren concitar la adhesión de las mayorías, las cuales serán en definitiva el resorte por medio del cual cada uno de estos proyectos o alternativas saltara al poder.

Estos rasgos se reconocen en todo proyecto político sin distinción. Con matices, éstos se han verificado tanto en los regímenes monárquicos, fascistas, socialistas y, por supuesto, en las democracias actuales.

Todos estos rasgos y “virtudes” contribuyen a configurar una estética de la seriedad sobre nuestra realidad de mundo. La seriedad con su dimensión dual –*patetismo* y *didactismo*– constituye un instrumento de legitimación para las clases dirigentes (Beltrán, 60). Esta legitimación procede no tan sólo de su, autoimpuesto, contenido de probidad, sino que, más aún, y de manera soterrada, procede del significado social de lo serio definido en virtud del reparto jerárquico y de la exclusión de lo bajo (Beltrán, 61).

La seriedad practica la exclusión de lo bajo, entendido como todas aquellas conductas evanescentes, desenfadadas, procaces y alejadas de todo ascetismo; llamadas a quebrantar la disciplina y rectitud propias del orden y la autoridad. Todas estas “conductas desviadas” germinan en ámbitos donde prolifera la risa y el despliegue festivo que están apartados del orden y desafectados de las formas de dominación.

Se reconoce en la estética de la seriedad un plano de la jerarquización social y un medio de acceso a las distintas cuotas de poder que articula el sistema de dominación imperante, que ve en la risa, la festividad y el simple divertimento, conductas potencial y socialmente desviadas, que alejan al sujeto de las orientaciones y valores convencionales defendidos por el *statu quo*.

Por tanto, el mundo del poder y las jerarquías es también el mundo de la seriedad. La seriedad es un instrumento consuetudinario de comprobada eficacia para quienes manifiestan ambiciones de poder y quieren catapultarse hasta la cúspide del orden social.

De acuerdo a especialistas, se deduce que la seriedad se concibe en tanto componente medular de la modernidad, que se arraigaría firmemente en las costumbres, relaciones y en la psique del ser humano a partir del racionalismo dieciochesco (Bajtín y Salinas A). Es a partir de este momento cuando “lo serio” se impone sobre “lo cómico”, zanjándose el problema relativo al equilibrio dual entre comicidad y seriedad advertido en tiempos premodernos (Beltrán 62). Con antelación a esto, la seriedad escolástica propia del medioevo entra en tensión con la risa popular, pecaminosa y disruptiva que, por su naturaleza, cuestiona el orden de las cosas y la autoridad divina. Esta tensión se resuelve con la propagación del miedo y el temor a la autoridad religiosa, mecanismos de control social, efectivos para otorgarle vigencia al poder espiritual administrado por la Iglesia Medieval¹.

La estética de la seriedad se puede entender como una categoría psicológica y cultural arraigada fuertemente en la estructura mental del género humano que, de modo imperceptible, logra conferirle un alto grado de virtud a todas aquellas conductas, ideas, valores y comportamientos sociales que se desarrollen en oposición al hedonismo y al simple goce mundano.

Este *ethos* de la seriedad ha hecho que ésta sea el único mecanismo válido del cual dispone el hombre para alcanzar el éxito. Elementos constitutivos de una tradición de lo serio estarían contenidos en un ascetismo y austeridad a ultranza, una rectitud moral intachable, un comportamiento sobrio, que raya en lo parco, y una lucidez intelectual legitimante que permite elucubrar las grandes directrices para trazar el bosquejo de una sociedad nueva.

Ideas similares fueron las que llevaron a Max Weber a plantear la tesis de la relación indisoluble entre el ascetismo y austeridad de la ética protestante con el éxito del capitalismo en su clásica obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. En esta obra, Weber interpreta que para entender las claves del origen y el ascenso del capitalismo habrá que remitirse a las pautas de vida dictadas por la religión protestante.

En este sentido, Max Weber observa que, para el protestantismo, dilapidar el tiempo en ociosidades como el “cotilleo”, el descanso en el lujo y la riqueza, e incluso en dedicar más de seis u ocho horas al sueño, es absolutamente condenable desde el punto de vista moral (152). La relación laboriosidad – religión queda claramente expuesta en el pensamiento de unos de los más importantes referentes del puritanismo protestante como lo fue Richard Baxter quien sostiene que “los que permanecen ociosos en su profesión son precisamente los mismos que nunca tienen tiempo para Dios cuando llega la hora de decirselo” (Weber, 153).

¹ Por esta razón la risa puede ser vista como una reacción en contra la autoridad que la desestabiliza, pues es un síntoma de que ya no se le tiene medio a ésta. De acuerdo a lo exhibido en la película “*El Nombre de la Rosa*” la autoridad religiosa intentaba mantener el miedo y la pena como mecanismos de control. “*Sin miedo no hay respeto a la autoridad*”, como señala el abad Jorge de Burgos.

La ascesis protestante redescubierta por Max Weber establece para el hombre un sistemático acto de contricción frente al arrecio de las veleidades propias del ocio. Este es el camino, de acuerdo a la lógica protestante, por el cual debe transitar el hombre si aspira a una existencia descollante.

¿Qué podemos desprender de las reflexiones de Weber respecto al protestantismo y a su empeño por racionalizar la conducta humana sobre la base del ideal de la moralidad mundana? La obra de Max Weber refuerza la idea de que la seriedad es la prenda de garantía que instala a los sujetos a la cabecera del orden social. La seriedad, como una disposición proba y de cautela en todos los planos de la realidad, ha cultivado un alienante culto al éxito, anatematizando el fracaso y el libre goce de los placeres mundanos.

La diversión, la ociosidad y la vida despreocupada son apreciadas por la moral burguesa extrema como un modo irracional de comportamiento, pues obran sin ningún fin definido y de manera no ascética (Weber, 171). El ideal pretendido por la racionalidad capitalista occidental de estandarizar la relación capital-trabajo y de uniformar el estilo vital de los sujetos, ha conducido a soterrar a la comicidad y a la risa y a trasladarlas a las antípodas de un mundo de virtud y armonía.

Década de los 60': la democratización de la fiesta y la risa

“Recuerde que cuando se pierde el sentido del humor, se empiezan a sacar las pistolas.”

Nicanor Parra.

La consigna “Avanzar sin transar”, recogida por gran parte de la izquierda chilena antes y durante la Unidad Popular, es una acertada frase para rescatar la disposición política e ideológica, no tan sólo de los partidos de izquierda chilenos, sino que también la de los grupos que constituían la derecha chilena hasta la dictadura militar. La emergencia de tres proyectos globales contrapuestos e incompatibles aparece en respuesta a la crisis estructural que en el campo político y económico experimenta Chile a mediados del siglo XX y que configura la llamada política de los tres tercios. Este esquema de los tres tercios se manifiesta como síntoma inequívoco de la disolución de un tipo de consenso nacional conocido como el “Estado de Compromiso” suscrito hacia la década de 1930 que le dio estabilidad al sistema político y una cierta gobernabilidad a Chile hasta 1964.

En la pulverización del “Estado de Compromiso” atentaron claramente la radicalización ideológica y discursiva a la que adscribió todo el arco político chileno de la época. Primeramente, los partidos de la izquierda marxista, particularmente el

Partido Socialista con la constitución del Frente de Trabajadores, a partir de 1956, y luego, con el éxito de la Revolución Cubana en 1959, marcaron los hitos que respaldaron la iniciación de la táctica del camino propio, estimularon a romper con los acuerdos y a mostrar un claro distanciamiento con los partidos burgueses. Luego, con el triunfo electoral en 1964 de la “Revolución en Libertad” prosperaron, al interior de la Democracia Cristiana, iniciativas tendientes a reforzar su condición de único partido de gobierno, capaz de sostener por sí sólo a este último, sin la urgencia de alianzas y pactos con otros sectores políticos. Finalmente, la derecha tradicional chilena, hacia 1960, aparece bastante rezagada en relación al arrollador avance tanto de los partidos marxistas como de la propia Democracia Cristiana. Despojada de su electorado cautivo proveniente del agro, se sumerge en una profunda crisis de la que sólo saldrá insertándose en un proceso de reformulación política e ideológica que la hará extremar recursos y discursos de índole nacionalista y corporativista con la finalidad de restaurar para nuestro país el contenido monárquico de la autoridad y un ideario patriótico de remembranza para los “grandes hombres” del Chile decimonónico que forjaron la prosperidad económica (interrumpida) de la nación.

Dentro de las múltiples aristas que conforman esta extremada polarización política que antecede al quiebre institucional, encontramos un agresivo discurso en pos de legitimar cada proyecto global. Puntualizando la nutrida retórica política que se manejaba en la sociedad chilena de la época, se debe recalcar que ésta operó como arma legítima para el proselitismo y el adiestramiento político de las masas, y, simultáneamente, para atacar y demonizar las ideas del adversario y en muchas ocasiones utilizando los medios de difusión disponibles (Ángel Soto, 132). Mario Góngora -para algunos el historiador chileno más importante del siglo XX- y luego de sus sucesivos vuelcos ideológicos desde el comunismo hacia el conservadurismo expresó: “el marxismo es, por excelencia, la herejía de nuestra época, en su médula hay algo terrible, casi sobrehumano, diabólico...” (Cristi y Ruiz, 119).

A medida que la retórica política utilizada en los 60` adquiría un tono más agresivo, en términos proporcionales, su contenido hiperbolizado, fatalista y apocalíptico también se agudizaba. Este rasgo se advierte más claramente en el discurso de la derecha reaccionaria, que ve en la fuerte competencia que le declara tanto el reformismo socialcristiano, como el marxismo revolucionario, la eventual pérdida de su tradicional monopolio del poder, confiriéndole a esto un significado de ingobernabilidad y una pérdida del orden y la tradición para la nación. Los versos de los *Poemas dogmáticos* están imbuidos de cierto modo por esta visión:

Digo misa cuando afuera está oscuro todavía
y por la calle el tiempo fluye
y por el muro rondan los demonios.
Afuera el siglo XX, parecido a cualquier otro siglo....
...hay un viento en el techo, ese clamor

son los bárbaros que vienen sobre Roma,
es la séptima cruzada que comienza,
es el armisticio de la guerra mundial,
es la bomba de hidrógeno sobre nuestras cabezas (Ibáñez Langlois, 18).

El ambiente de confrontación que auspiciaba un intercambio de descalificaciones fue detectado claramente por los actores políticos de la época. Julio Silva Solar, diputado de la Izquierda Cristiana, en 1971 realiza un sugerente diagnóstico sobre el panorama político de la época, en donde afirma que: "... no es raro que [se] tienda a reducir la lucha política a un enfrentamiento moral entre buenos y malos, entre demócratas y totalitarios, entre hombres honestos y criminales, lo que podría admitirse en una mala propaganda, pero no en un análisis serio" (Revista *Qué Pasa*, N° 26, 14).

Desde una perspectiva sociológica, la década de 1960 adquirió las características de lo que ha pretendido llamarse un *reventón social* que, a la vez, se presentó como un "contexto de fiesta" para los sectores populares en donde en el ambiente se percibía un optimismo y expectación ante el promisorio futuro que se avizoraba para los más desposeídos del país.

Desde que se tiene noción histórica de Chile como una unidad cultural y territorial, el mundo popular ha pervivido al insoslayable yugo de quiénes han detentado el monopolio del poder, reproduciendo, para los primeros, una realidad marcada por el control apremiante de sus conductas y relaciones sociales. La esclavitud indígena, el control imperial garantizado por la estructura colonial o la omnipresencia de la Iglesia en América y su rol evangelizar no hicieron más que tender un cerco social e institucional a fin de reprimir cualquier manifestación del mundo indígena y mestizo.

La entrada de Chile a su naciente vida república no hizo más que reforzar esta posición. Claramente, el orden republicano fundado por Diego Portales no se entiende sin las estrategias coercitivas desplegadas por el poder central a toda verificación de insubordinación social proveniente del "Bajo Pueblo" (Grez, 221–236), incluyendo sus despliegues festivos. Esta disposición del Estado portaliano vale para sostener que los primeros años de la República son la etapa fundante de la seriedad en Chile (Salinas B 3 -4). El dominio de la seriedad en Chile a lo largo del siglo XIX y XX fue absoluto, sólo se advierte el matiz de los arranques de la risa sarcástica gatillada por la comicidad del "humor negro" propio de la elite liberal (Salinas, A 25).

Las intestinas luchas inter-oligárquicas desatadas en Chile hasta 1930 restaron protagonismo a otros sectores de la sociedad. Estas luchas se fundamentaron desde un *ethos* de seriedad y muerte que constituía el *leit motiv* para la conformación del Estado – nación chileno, opacando cualquier forma residual de incontinencia o espontaneidad social (Salinas, B 10).

Las condiciones de explotación y sometimiento mantuvieron en una posición subalterna tanto al “Bajo Pueblo” como a las capas mesocráticas, que sólo hasta el triunfo del Frente Popular irrumpen y entran a participar activamente en cada una de las esferas de la vida pública.

Los años del Frente Popular son los años también de un gran acuerdo nacional que lleva por nombre el “Estado de compromiso”, que le otorga al país una relativa estabilidad social y política, en donde izquierda y derecha se reparten el poder en conformidad a sus intereses y sin interferir una con la otra, quedando el poder político y de gobierno en manos de la izquierda y el poder económico en manos de la derecha.

Las tensiones y desacuerdos políticos entre estos sectores, se resolvían de los modos más diversos. Tal es así, que no sólo a través de una vía formal, como las reuniones entre los partidos, las visitas a Palacio o las sesiones en el Congreso, se podía establecer la concordia entre adversarios políticos. Famosas eran las reuniones de los llamados “clubes radicales”, en donde, satisfaciendo el refinado paladar de los comensales, se podía persuadir y lograr acuerdos políticos importantes con el adversario, agasajándolo con las ardidés culinarias. De ahí, quizás, la importancia adquirida en esos años por el Club de La Unión como espacio de socialización de encumbradas reuniones políticas.

A diferencia del común de los casos, los “clubes radicales” nos aparecen como ámbitos claves para la ingeniería política de la época. Hasta antes de la década de 1960 hubo espacios destinados a la comicidad y a la fiesta que también tenían por finalidad acceder o, en este caso, afianzar su posición de poder, construyendo, por medio de estos ámbitos festivos, redes de apoyo que le significaran preservarse en él. Este fue el caso de los “clubes radicales” que en un ambiente de camaradería y esparcimiento lograban ir cimentando lealtades políticas.

En apariencia, en estos lugares sólo merece cabida la llamada “risa jerárquica”. Esta es una risa que, si bien puede denunciar la falsedad de lo serio y oficial (Beltrán, 21), (en este caso es la risa del poder), es estrictamente política y que abunda en quienes profitan del gozo y el disfrute del poder y que se ríen no de un modo satírico, soez o procaz, sino que su risa denota una complacencia y obsecuencia frente al orden de cosas establecido. En este caso, la risa constituye un arma de persuasión que busca la aceptación del otro y que, al igual que las adulaciones, permite lisonjear por medio de una sonora carcajada a quién esta mostrando su gracia y virtud.

La década de 1960, con todas sus peculiaridades políticas y sociales antes descritas, fue la década de la democratización de la fiesta y la risa en Chile. El clima de fiesta, expectación, optimismo e ilusión que inundó a la sociedad chilena, en especial a los sectores populares, permitió la irrupción de nuevas formas de manifestación social que rescataban lo más inmemorial de nuestra cultura latinoamericana y que, por tanto, se identificaban con las raíces más folklóricas y populares ya sean de nuestro país como las del resto del continente.

Sobre este escenario se reprodujeron condiciones propicias para la exaltación del espíritu festivo y creativo de los sectores populares de la sociedad chilena. Sin temor a equivocarse, se podría sostener que hacia 1960, por primera vez en la historia de nuestro país, las clases populares tienen una efectiva participación en la vida nacional. Con la incorporación plena del campesinado nacional a la masa electoral a través de la promulgación de la Cédula Única de votación en 1958, el derecho a sindicalización de los trabajadores urbanos y rurales, el fin del inquilinaje, las discusiones al alero de la Reforma Universitaria de 1968 y la progresiva arremetida de los partidos de extracción popular a la competencia política de la época, se asiste a un período que entra en clara sintonía con los cambios estructurales que se advierten en el orden mundial que apuntan hacia la ampliación de los espacios de democratización y participación al interior de la sociedad, evidenciados en procesos como la descolonización y los Frentes de Liberación Nacional –casos emblemáticos de esto son la Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam-, la gran Reforma Universitaria de París de mayo del 68, la primavera de Praga en el mismo año o la modernización institucional y doctrinaria de la Iglesia gracias al Concilio Vaticano II, más el revolucionario efecto de la “Teología de la Liberación”. Todos estos sucesos van nutriendo al movimiento popular de una renovada identidad adquiriendo un rol protagónico y activo en la vida nacional desde 1960 hasta 1973.

Durante estos mismos años, Chile resulta particularmente prolífico en lo que a la escena cultural y artística se refiere. Jorge Edwards y José Donoso fueron los más notables representantes del *Boom* latinoamericano en Chile, el legado artístico y cultural de la familia Parra encabezado por Violeta y Nicanor, el aporte musical de grupos como Quilapayún e Inti – Illimani y del propio Patricio Manns, quienes se transforman en los portavoces de la experiencia, los ideales y el pensamiento del mundo popular chileno regando, a través de su música, el inmemorial patrimonio de la cultura popular latinoamericana y chilena.

Sin perjuicio de lo anterior, el fenómeno de mayor singularidad observado para la época lo constituye la aparición de la juventud como sujeto y categoría social, la cual, hasta ese momento, no poseía más que una presencia oculta (Salazar, 207–233). En efecto, la aparición de la juventud por estos años tuvo por particularidad la acelerada e intempestiva toma de conciencia del rol protagónico que debía jugar al interior de la sociedad chilena. El clima de cambio “oxigenaba” las utopías de estos jóvenes revolucionarios decididos a tomarse “*el cielo por asalto*”. Su convencimiento del camino trazado y su optimismo de lo que el futuro les deparaba, procedía de un contundente caudal teórico, el cual era complementado por una no menos fecunda dimensión estética plasmada en murales, música y poesía (Salazar, 211).

La dimensión estética era sin duda un fenómeno transversal a la sociedad de los 60. La contracultura del movimiento hippie fue un claro referente para una juventud chilena no tan comprometida en las lides políticas o ideológicas. El discurso pacifista fue el

elemento de mayor seducción del *hippismo* y que permeó ampliamente en las nuevas generaciones de la época proponiendo una postura de informalidad, relativismo e, incluso, de resistencia frente a los convencionalismos sociales. El habitual consumo de marihuana, su afición sicodélica expresada en fiestas y música, son prueba de su desenfadado vital. Benjamín Subercaseaux, Premio Nacional de Literatura en 1963, en su obra “*Manifiesto a los Hippies*” condenaba este modo de vida y advertía en tono conservador y serio: “Necesitamos hombres fuertes y ardientes; no drogados impotentes; necesitamos de convencidos inmortales, dentro de una actitud profundamente moral, pero sin dejar que éste sea vuestro lado débil por donde os coja la astucia burguesa” (Revista *Qué Pasa* N° 31, 48).

El eclecticismo propio del movimiento hippie, manifestación de su espíritu festivo, le valió los ataques y las difamaciones del mundo formal y serio constituido incluso por sus propios congéneres que, atrincherados en veredas políticas diferentes –las juventudes de ultraizquierda y ultraderecha específicamente-, estaban dedicados a resolver “los grandes temas” que preocupaban al país. En relación a aquella generación que simpatizaba con el movimiento hippie se advertía:

Las jóvenes que andaban con vestidos que no alcanzaban a cubrir sus rodillas y los muchachos con luengas barbas y cabellos que bajaban de sus hombros, tuvieron que enfrentar la incompreensión y el disgusto de los más conservadores y pacatos y en muchos casos de sus propios padres (Corvalán, 85).

En alusión a la condición ecléctica del *hippismo* –particularmente a la formalización ideológica de este movimiento como lo fue el siloísmo- “la Revista *Qué Pasa*”, en un reportaje titulado: “*SILO, negocio de la abominación*”, afirma:

Todo siloísta se muestra asqueado de la politiquería nacional: desprecia a la derecha, al centro y a la U.P. El mundo nuevo con que sueña esta limpio de partidos políticos. Todo siloísta defiende estas ideas, excepto Van Doren [seudónimo de un pensador siloísta], cuyo *Manual* se pasea del marxismo al nazismo aunque sin proponer ninguna ideología concreta (N° 26, 11).

Como sabemos, esta candente fermentación de movimientos y expresiones culturales fue silenciada abruptamente por la dictadura militar en 1973. En el marco de su proyecto global y bajo la égida de la Doctrina de Seguridad Interior del Estado, el gobierno militar debía aniquilar cualquier estertor que significara la presencia del “enemigo interno”. Bajo esta concepción, toda creación estética era lo suficientemente sospechosa de contener el germen de la insurgencia. Poetas, músicos, bohemios y hasta los mismos *hippies* –estos últimos por su apariencia- eran perseguidos y acallados ya sea por manifestarse abiertos opositores al régimen militar, o por su natural desacato a una autoridad establecida de manera ilegítima. Muchos autores han señalado que el

advenimiento de la dictadura militar marco el “fin de la fiesta” desplegada en los años 60`. Según Tomás Moulian, Chile durante La UP pasó “del sueño a la pesadilla”(147). El rasgo monolítico de la sociedad chilena pretendido por la dictadura militar se definió en oposición a la diversidad social que convivía sobretodo durante la década de 1960. La existencia de una variedad de opciones políticas, culturales e incluso familiares le valió al sector conservador y contrarrevolucionario para hacer un diagnóstico del Chile de los 60` como una época de crisis moral y de autoridad, que afectaba por sobretodo a la juventud de nuestro país (Cristi y Ruiz, 108).

De la “querida chusma” a los “upelientos”

“Me enseñaste la rectitud que necesita un árbol”.

Pablo Neruda, Poema “A mi partido”

En algún momento a Jaime Guzmán se le oyó decir que sólo había dos cosas que admiraba de los comunistas: su fe y su disciplina. Efectivamente, el Partido Comunista chileno, como lo observó el líder de la derecha gremialista, era un partido fervientemente disciplinado y respetuoso de la verticalidad del mando. Desde su fundación, en 1922, el Partido Comunista chileno destacó por dos rasgos que se mantuvieron inalterables hasta el golpe de Estado: su imperturbable disciplina partidaria y su discurso de asepsia social dirigido a las masas populares. De hecho, el mecanismo por excelencia para mantener la disciplina en el partido fue la comisión de control y cuadros, que de parte de muchos militantes recibió el apelativo de “cuarto oscuro”, y que infundía un verdadero respeto al interior del PC (Corvalán, 102 – 104).

En cuanto al primer rasgo, la militancia en el Partido Comunista significaba un verdadero apostolado político para sus bases. La apología al recato, tanto en el proceder como en sus emociones, y la obediencia inmaculada al partido y sus postulados, hacía del PC chileno un partido sumamente moderado, reacio a todas las estridencias de lo que denominaron un *izquierdismo pseudo-revolucionario* que desbocadamente buscaba el tránsito hacia el socialismo pasando por encima de la legalidad y los aliados de clase. En contraste con esto, los comunistas siempre buscaron proyectar una imagen de probidad que los legitimara ante sus adversarios políticos, y que frente a adjetivos como totalitarios, estalinistas o pro-soviéticos ellos los contrastaran con una rectitud moral intachable que era consecuente con propuestas a la cuales se les imprimió un sello de seriedad y responsabilidad, en virtud de que, de acuerdo a la óptica del PC, la encrucijada histórica a la que se enfrentó Chile en los años 60` era insalvable si no se resolvía por los cauces formales de la seriedad, la disciplina y el orden. Este diagnóstico también era compartido por el Partido Socialista que, con ocasión del Congreso del partido en Chillán en 1967, su secretario general afirmaba: “para alcanzar el éxito es

necesaria la disciplina al interior de las organizaciones políticas de izquierda” (Correa, 314). Incluso hay quienes sostienen que la derrota de la izquierda se verifica en la incapacidad de ésta por imprimirle al proceso de “la vía chilena al socialismo” la disciplina y estrategia propias de “la dureza de hombres acostumbrados a las derrotas, portadores de una cabeza fría y un corazón caliente” (Moulian, 154).

Resulta esclarecedor que, al menos en el caso del Partido Comunista, para alcanzar notoriedad y reconocimiento en las filas del partido fuera necesario cultivar un perfil claramente característico del militante comunista con todos los atributos anteriormente mencionados. El arquetipo podría encontrarse en Daniel Vergara, militante comunista y Subsecretario del Interior bajo el Gobierno de la Unidad Popular, que en una entrevista era descrito del modo siguiente:

(...) muy delgado, pelo canoso, siempre en su lugar (ni siquiera su pelo sale de los márgenes del orden) rostro enjuto e inexpresivo, diríase a ratos rostro de cera... sorprendentemente tímido, medido en el hablar, escasamente esboza una sonrisa.... serio e introvertido, en él podría encarnarse un monumento a la disciplina, las opiniones subjetivas y los arranques emocionales quedan bien guardados frente al permanente uso de la primera persona del plural en todas sus contestaciones (Revista *Qué Pasa*. N° 29, 20).

Incluso la seriedad y solemnidad propia de los comunistas, les imponía una estética en el vestir apegada a lo formal. Requisito para la participación a alguna reunión del partido era asistir en tenida formal, con terno y corbata.

Por otro lado, respecto a la asepsia social que el Partido Comunista quería imponer en las clases trabajadoras, este fue un elemento muy peculiar en el adoctrinamiento político histórico de los comunistas. Como vanguardia de clase, el PC chileno se dedicó por años no tan sólo a conducir a la clase obrera a la adquisición de su conciencia de clase, sino que, y sumado a esto, acometió a la tarea de contener a las masas populares en su inclinación por formas de evasión social. La más habitual de éstas fue la dipsomanía o el excesivo consumo de alcohol en el que caía la clase trabajadora tanto en el campo como en la ciudad. Para los comunistas todo aquello que derivara de la ingesta de alcohol no podía engendrar nada fructífero. En la dionisiaca complacencia de vivir constituida por el Bajo Pueblo, el PC no alertó más que vicio y alienación, exponiendo su moralismo a ultranza, lo cual lo hacía despreciar la dimensión jovial del pueblo que lo podía desviar de su vocación revolucionaria. Incluso, ya en la época de Recabarren se escuchaban alegatos contra el consumo de alcohol por parte del Bajo Pueblo, por considerársele un arma de la reacción. Dirigiéndose a un grupo de trabajadores Recabarren les insiste:

Pero ellos [los patrones] son los dueños del vino. Todo el vino que ustedes compran con su salario enriquece a quiénes les explotan. Con la plata que a ustedes les sacan en las cantinas, el rico compra los votos para poder ganar el poder político y organizar desde el Parlamento, o aún de la Presidencia de la República, las matanzas contra ustedes. Muchas veces con el vino compra el voto de los compañeros menos conscientes. El vino es, por eso, un instrumento de explotación, un medio de dominar al trabajador, de quitarle las ganas de pelea, de socavar la moral de la clase obrera, facilitando su descomposición, el descontrol y el servilismo (Manns, 32).

Por todo esto es que la vida de un comunista se convertía en un verdadero apostolado. La privación de gran parte de los placeres cotidianos era el antecedente que ameritaba el ingreso o no al partido. Todos los requerimientos para poder ingresar al PC se resumen en la siguiente anécdota:

Una persona llegó hasta un local del partido a solicitar su ingreso a las filas. Un dirigente que lo recibe lo felicita por su decisión y le expresa que el partido se caracteriza por su disciplina, que es imperativo ser puntuales, asistir con regularidad a las reuniones, y constituirse en el mejor ejemplo en todo para su familia, vecinos y compañeros de trabajo. Le advierte que los comunistas no son abstemios, pero que los borrachos no se toleran en sus filas. Y lo interroga seriamente

- ¿Está de acuerdo?

-sí, contesta el solicitante.

A continuación le habla de la vida familiar del comunista y de la lealtad que debe mostrar permanente mente a su compañera.

-El comunista- le dice- no puede llevar una doble vida familiar. Ni siquiera debe andar coqueteando con otras mujeres.

Y le pregunta mirándolo directamente a los ojos:

-¿Está de acuerdo?

- sí, responde otra vez, aunque con menos entusiasmo.

Y por último le hace presente los riesgos que presupone ser comunista. Con voz pausada, le habla de que los compañeros suelen perder el empleo, ser detenidos, sufrir persecuciones etc., para terminar haciéndole la pregunta más peliaguda, la que si esta dispuesto a morir por el partido.

- Sí, contesta firme el interpelado, y bajando la voz agrega para su propio coleteo:

-¡Chis! ... ¡para la perra vida que voy a llevar! (Corvalán, 103)

Otra anécdota fue lo ocurrido con Pablo de Rokha, que durante algún tiempo militó en el PC, y que fue sumariado por el partido por tener amoríos con una mujer ecuatoriana que ya era pareja de un personero alemán de la Internacional Comunista. Esto deja

establecido que la moral comunista también sancionaba la poligamia (Corvalán, 103 – 104).

Si el Partido Comunista era un partido litúrgico, apegado a rituales que ya en su seno estaban consagrados, los socialistas chilenos era un partido fundamentalmente retórico. A diferencia y, muchas veces, en oposición a los comunistas, el Partido Socialista manifestaba una radicalidad en el discurso. Desprendido de la liturgia comunista, los socialistas fueron los que iniciaron los fuegos en la álgida discusión política que caracterizó la década de 1960.

A diferencia de los comunistas, que mantuvieron un discurso serio que intentaba hacer reinar por sobretodo la sensatez y la medida a la hora de enfrentar a la sedición reaccionaria (El Siglo, 1970, 4), los socialistas alzaron un discurso si bien serio, a la vez provocador e incitando al paroxismo dirigido contra todos sus adversarios políticos, encarnados en la derecha, llamando a que “la conjura de la derecha –piensa nuestro partido- sólo puede ser aplastada por la fuerza invencible del pueblo unido a tropas, clases, suboficiales y oficiales leales al gobierno constituido” (Correa, 376).

Para el objeto de este estudio, el MIR también se caracterizó por una irreductible disciplina partidaria. A pesar de ser un movimiento encabezado por una generación nueva que suscitó mucha adhesión entre la juventud de la época no se desprendió en momento alguno de las prácticas políticas de viejo cuño. El MIR siguió adscribiéndose a la política vetusta y tradicional que reinaba en Chile para aquella época en relación a advertir al proceso político chileno y a la sociedad en general, a partir de los códigos preestablecidos por la seriedad y el fatalismo. Crisis, fracaso, fatalidad y violencia copaban el léxico de la izquierda chilena y particularmente del MIR, que utilizaba estas palabras como recursos para proferir toda su invectiva retórica contra el fascismo, el imperialismo y el reformismo burgués. La vehemencia en el lenguaje operaba como arma de persuasión y subversión frente a lo establecido para afirmar que “...la clase obrera no teme a la ofensiva del pijerío y sus politicastros. El pueblo no está dispuesto a aceptar más que a un puñado de parásitos y haraganes decidan el destino del país y los trabajadores” (Naranjo, 244).

Al igual que en las bases del Partido Comunista, ser mirista ameritaba una rectitud moral y una conducta intachable acorde con la vocación hacia la causa revolucionaria. Esto planteaba dilemas existenciales entre la militancia del MIR. Por ser uno de los dirigentes más importantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el caso de Luciano Cruz resulta muy emblemático para ver la contradicción vital establecida entre un espíritu festivo y la lealtad a la férrea disciplina partidista. Luciano Cruz, muerto en 1971, fue uno de los líderes más sobresalientes de la histórica dirección del MIR encabezada por Miguel Enríquez. Ambos, amigos desde la infancia, entraban en constantes tensiones al separar la actividad política de la privada. Mientras Miguel Enríquez exigía un compromiso casi espartano con el partido, Luciano Cruz, como buen hombre gozador de la vida, no tenía mayores inconvenientes en pasar noches enteras

donde “La Tía Olga”, un mítico prostíbulo penquista, y aprovechar al máximo sus dotes de galán y conquistador. Su encanto personal logró cautivar no sólo a la mayoría de los miristas, sino también hasta sus más acérrimos rivales, quiénes coinciden en calificarlo como “un tipo choro” (Avendaño, 81).

Así como los comunistas construyeron una estética en torno a su vestimenta, gran parte del MIR, en especial sus líderes, vestían chaquetones y vestimentas oscuras, imponiendo un verdadero estilo que fue seguido por muchos militantes con el único propósito de parecerse al ideal del joven rebelde. Con los años, la dirigencia del MIR sería conocida como “la vanguardia sexy de América Latina” (Avendaño 64 – 65).

Vemos en cada uno de los recursos discursivos apelados por la izquierda chilena en la década del 60` un hilo conductor que es la percepción extremadamente fatal que se tiene sobre la clase obrera y su destino. Incluso Salvador Allende ya en el poder insistía en esta mirada pesimista sobre las reales posibilidades de la clase trabajadora bajo los años de la UP. En el discurso del Día del Trabajador en 1971 sostenía:

... trabajadores de Chile: este no es un día de fiesta; este es un día de recuerdo, de rememoración. Un día para mirar hacia atrás, más allá y dentro de la frontera de la patria y rendir un homenaje a todos aquellos que, en distintas latitudes, cayeron luchando por hacer más digna la vida del hombre y conquistar la auténtica libertad (Fariás, 773).

Esto recrea la imagen de la *victimización* en relación a la clase trabajadora sobre la que se cierne la visión de que hay que poner sobre relieve las truculencias y crudezas de la existencia popular, en desmedro de su dimensión más alegre y jovial. Esto con la finalidad de remover las conciencias de quiénes todavía se mantienen impávidos frente a la inequidad social. Argumento similar fue el que dio Patricio Manss, a propósito del lanzamiento de su segundo LP, para refrendar las críticas respecto a la amargura, la desesperanza y la muerte contenidas en cada una de las letras de sus canciones (Revista Punto Final, N° 11, 21).

Por otro lado, la izquierda chilena exalta la *demonización* y el antagonismo que se debe mantener con la derecha, como el principal culpable de los males del pueblo chileno. Respecto al movimiento de derecha FIDUCIA, el diario *El Siglo* detalla:

Pero la corrección de estos momios bisoños con los poderes más tenebrosos de la reacción internacional, con los gorilas de Argentina y Brasil, con el Opus Dei y las organizaciones de los ultra fascistas de Estados Unidos y Alemania Federal y con la sedición derechista local,

los convierte en instrumentos de designios que no pueden ser tolerados con santa paciencia por quiénes de verdad son partidarios de la democracia y el progreso (1968, 2)

De la “canalla dorada” al “momiaje”

“la moral que se exige es la moral de la dureza”.

José María Escribá de Balaguer

La década de 1960 significó para la derecha chilena una época de redefiniciones. 1964 marcó un año de coyuntura crítica para este sector político que vio en la llegada al gobierno de la Democracia Cristiana, una merma importante en su electorado cautivo y un rezago respecto a los proyectos globales levantados tanto por el centro reformista como por la izquierda marxista. Desplazada de la competencia por las propuestas de cambio, en 1966 la crisis a la que llega tanto el Partido Liberal como el Conservador se agudiza al máximo, traducándose en un proceso de refundación política para la derecha que tiene por resultado la creación del Partido Nacional, en torno al cual se congregan tanto liberales como conservadores.

La fundación del PN marca un verdadero hito en relación a la polarización política que precipita a Chile al Golpe de Estado de 1973. Hasta antes de la fundación de este partido, la derecha tradicional chilena trazaba su ruta política dentro de los márgenes legales y democráticos que ofrecía el orden constitucional chileno, como sugiere Sofía Correa (B 101). Con la entrada en escena del Partido Nacional, acicateado por la propaganda yanqui diseñada por la CIA, el discurso político de la derecha tendió a endurecerse -al igual que en la izquierda- y a demonizar todo lo que mostrara algún atisbo de marxismo. En este contexto, por ejemplo el cura Raúl Hasbún sostenía que “el marxismo resulta ser la última herejía del cristianismo” (Revista *Qué Pasa*, N° 31, 30).

La idea refundacional estaba instalada desde un primer momento en la derecha nacionalista. En su proyecto político, esta nueva derecha se inclinaba por una restauración histórica del Estado chileno en todo orden. Ante la influencia del marxismo internacional, la derecha apelaba a rescatar para nuestro país su continuidad histórica, la autoridad, la tradición, el orden y la idea de nación. Todos estos atributos debían estar contenidos en una restauración del régimen portaliano, como lo manifestó en algún momento Arturo Fontaine Aldunate, redactor político de la revista *Estanquero* (Cristi y Ruiz, 124).

No sólo en la intelectualidad contrarrevolucionaria se celebraban estas ideas. El discurso político de la derecha se sostenía en muchos de estos fundamentos para exaltar

el espíritu patriótico frente a las perversiones intrínsecas del comunismo internacional. Mario Arnelo, diputado del Partido Nacional opinaba que “el comunismo destruye la unidad esencial del pueblo, desarraiga el espíritu patriótico de las juventudes y las incita a la negación total de la creación histórica de Chile” (Revista *Qué Pasa*, N° 48, 42).

Si se revisa en su totalidad el proyecto global de la derecha en la antesala del Golpe de Estado, se verificará las constantes referencias al pasado republicano de Chile forjado durante el siglo XIX. En este caso la derecha chilena siente verdadera nostalgia por el espíritu de orden y emprendimiento que reinó en la oligarquía nacional a lo largo del siglo XIX, lo cual nos devela el carácter de la derecha que siente nostalgia y admiración por una época en la Historia de Chile en donde se instala rotundamente la seriedad y la muerte en nuestro país (Salinas, B 10).

El apego a la tradición es naturalmente la matriz del pensamiento conservador que caracteriza a la derecha. Si durante el siglo XIX esta tradición se verificó en la mentalidad patriarcal y terrateniente de la oligarquía que buscaba en lo vernáculo su supuesta legitimidad cultural (Villalobos, 110), hacia el siglo XX la derecha chilena escarbaba en su suntuoso oropel decimonónico y en su apego al orden y a la autoridad para, junto con manifestar su apego a las tradiciones, reforzar un imaginario de la desigualdad en todo lo bajo, abyecto, indecoroso y desbordado, transmitido por los nuevos tiempos, que contenía el germen de la corrupción, el vicio y la falta de seriedad. Ésta debía ser contrarrestada por la altivez y probidad del poder. Además por:

La sobriedad y austeridad de quiénes mandan, símbolo de nuestras mejores tradiciones nacionales. [Para lo cual] Chile ha reclamado que la autoridad predique con el ejemplo, y ha prodigado su respeto por encima de las discrepancias políticas, a aquellos gobernantes cuya vida ha sido un testimonio personal de virtudes ciudadanas (Correa, 436).

La exacerbación y caricaturización del rasgo tradicionalista y conservador de la derecha chilena lo constituyó el apelativo de *momios*, acuñado en algún momento por el director del Diario Clarín Darío Saint Marie Sorucco, el cual surge por analogía a lo anticuado que aún se preserva mediante la técnica de la momificación. Este cómico apelativo para identificar a los derechistas resulta ser muy significativo para reconocer su presencia en la sociedad. Hermógenes Pérez de Arce, figura señera del *momiaje*, no reniega de esta condición; es más, para él, el carácter serio y moralizante del arquetipo del *momio* le confiere virtudes dignas de admirar. En sus habituales comentarios en Radio Agricultura sostiene que el apelativo de *momio* “implica honestidad personal, respeto a los adversarios, defensa de la dignidad humana, constante preocupación por las libertades políticas y económicas de los ciudadanos y un estricto apego a la legalidad en todos los aspectos” (Pérez de Arce, 80).

Además reafirma que el *momiaje* es la acertada caricaturización que se hace sobre los principios sostenidos por el conservadurismo, al señalar que: “los *momios* seguiremos empeñados en que se reestablezca el principio de autoridad en nuestra patria. El Gobierno de la Reconstrucción Nacional va a ser fuerte y autoritario” (Pérez de Arce, 83).

Toda esta retórica teñida de maniqueísmos dio pábulo a la irrupción de movimientos derechistas aún más radicales que los propios nacionalistas. El Frente Nacionalista Patria y Libertad y el Movimiento Gremialista fueron las dos organizaciones de derecha que conspiraron para intensificar en extremo la lucha ideológica que propició el quiebre democrático en 1973.

En el caso particular del gremialismo, esta corriente política es expresión de una derecha corporativista, fuertemente anclada en los valores sostenidos por el ala más conservadora de la Iglesia Católica. El más enconado conservadurismo católico verificaba que para desterrar todo indicio de marxismo en nuestro país, era urgente entablar esta afrenta como una verdadera cruzada. Quiénes se transformaron en portavoces de esta cruzada anti marxista fueron los representantes del *Opus Dei*, que mantenían un fuerte vínculo con el naciente gremialismo. Este estrecho vínculo lleva a las fuerzas gremialistas a emprender –lo que fue llamado por el cura *Opus Dei* Ibáñez Langlois- la Séptima Cruzada “de virilidad y pureza que contrarreste y anule la labor salvaje de quiénes creen que el hombre es una bestia” (Soto, 70). El carácter maniqueo de esta afirmación denota que la encrucijada en la que se debate Chile a fines de la década de 1960, *ad portas* de un gobierno marxista, es para la derecha más reaccionaria un momento de tal trascendencia que están dispuestos a recurrir al recurso más sacro, como es Dios y su esencia bélica, para combatir al “demonio” comunista (Soto, 96).

El trasfondo de este lenguaje bélico proviene de una seriedad conservadora contrarrevolucionaria que visualizó el conflicto, casi inevitable, entre la decadencia del mundo occidental y las nuevas civilizaciones percibidas como “invasores bárbaros” (Salinas, C 101 – 102).

Todos los actores sociales de la reacción que toman parte en esta “séptima cruzada” ven como inminente su preparación para un combate sangriento, en donde los recursos retóricos y literarios cargados de humor e ironía para demonizar, ridiculizar o criticar al adversario han sido insuficientes, frente a lo cual se necesita pasar a la acción directa. Frente a lo crucial del enfrentamiento, todos los sectores que se preparan para éste deberán someterse a una política *espartanizadora* que deberá aplastar al movimiento popular y a su “huella viscosa y lasciva”, esto sería el componente fundamental de la teoría del enemigo ideada por los sectores más reaccionarios de la burguesía de chilena (98).

El carácter abiertamente confrontacional que adoptan tanto Patria y Libertad como el Gremialismo, los alienta al enfrentamiento directo con las fuerzas revolucionarias y nos

habla, a ciencia cierta, de su certeza sobre un desenlace fatal como culminación del proceso político chileno iniciado en la década de 1960. Este desenlace operara como rectificador de las fuerzas que en algún momento propiciaron el caos, caos que Hermógenes Pérez de Arce vislumbró como verdadero un circo (en alusión al gobierno de la UP) por entregarle gran participación a la ciudadanía (p. 127). Indudablemente quién asumirá el rol de rectificador del caos será la junta militar constituida luego del golpe. Frente al rol asumido, la junta militar entiende que está llamada a hacer entrar nuevamente en “gracia” y en “virtud” a nuestro país luego de la “caótica” y “desmoralizante” experiencia de la Unidad Popular. Estas ideas quedan plasmas en las primeras declaraciones de la dictadura militar:

El régimen U.P ha caído en un final wagneriano... En este período Chile se fue disolviendo en la demagogia económica y política, en la flojera... en la indisciplina, en el odio... Mientras tanto, se acumulaban y agravaban los verdaderos problemas de Chile: la inflación devoradora, el estancamiento productivo, la miseria, la degeneración pornográfica, la corrupción venenosa de los valores históricos y tradicionales, el odio y el divisionismo político. Para abrir una nueva puerta era necesario que el país pagara su cuota de sangre. Ha correspondido abrirla a las Fuerzas Armadas. Reserva moral de la nación (Revista *Qué Pasa*, N° 126, 1).

Al profundizar en el ambiente político y social de Chile durante las décadas de 1960–1970, se descifra en los formalismos propios del mundo de lo serio un medio de legitimidad social y un arma de subversión política para acceder a los mecanismos de poder. La retórica de la seriedad, en contraposición con las “conductas evanescentes” provenientes del mundo de la risa y de lo festivo, proclama un *ethos* político de la disciplina militante y doctrinaria eficaz en las pretensiones de imponer un proyecto global de nación. Se puede verificar en este trabajo que la estética de lo serio no es privativa de un sector político en particular, sino que su retórica atraviesa transversalmente el espectro político chileno de mediados del siglo XX.

Sin distinciones de derechas e izquierdas, en Chile se agruparon en torno a la mantención de un discurso serio que debía repercutir fuertemente en cada uno de sus adherentes, paso previo para alcanzar el poder. Mediante la *demonización*, la descalificación y las macizas argumentaciones teóricas serias y formales que se levantaban, los actores políticos atrincherados en sus respectivas posiciones descargaron contra el otro un abundante arsenal retórico que, en el marco de la radicalidad ideológica, no prescindió ni de la caricaturización ni la sátira para doblar a su adversario. *Momios, upelientos, pijes, comeaguas, rotos y pitucos* conforman un lenguaje, si bien cómico a simple vista, fue absolutamente serio en cuanto a sus intenciones de reducir “al otro” a su propia abyección, de situarlo frente a sus más

desdeñables debilidades que lo hacían al menos sospechoso de ser un evidente y grave perjuicio para la sociedad chilena de la época.

Recibido: 12-12-08

Aceptado: 27-05-09

BIBLIOGRAFÍA

Revistas

“La Edad Media en Ahumada”, *El Siglo*, Martes 23 de julio de 1968: 2

“Los trabajadores a la pelea”, *El Siglo*, Miércoles 8 de julio de 1970: 4

Revista Punto Final. N° 11, Septiembre de 1966: 21

“Responsabilidad de los que aman a Chile”, *Revista Qué Pasa*. N° 48, 16 de marzo de 1972: 42.

Revista Qué Pasa. N° 26. Octubre de 1971: 11 - 14

Revista Qué Pasa. N° 29. 4 de noviembre de 1971: 20

Revista Qué Pasa. N° 31. 18 de noviembre de 1971: 48

Revista Qué Pasa. N° 126. 1973: 1

Libros y artículos

Avendaño, Daniel y Palma, Mauricio, *El Rebelde de la Burguesía. La historia de Miguel Enríquez*. 2001. Santiago de Chile: Ediciones CESOC, 2002

Bajtín, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. 1990. Madrid: Alianza Editorial

Beltrán, Luis. *La imaginación literaria. La seriedad y la risa en la cultura occidental*. 2002. Madrid, España: Ediciones de Intervención Cultural

Correa, Sofía, et.al (A). *Documentos del Siglo XX chileno*. 2001. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana

____ (B). *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX*. 2005. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana

Corvalán, Luis. *De lo vivido y peleado. Memorias*. 1997. Santiago de Chile: LOM Ediciones

Cristi, Renato y Ruiz, Carlos. *El pensamiento conservador en Chile*. 1992. Santiago de Chile: Editorial Universitaria

Farías, Víctor. *La izquierda chilena (1969 – 1973). Documentos para el estudio de su línea estratégica*. Tomo 2. 2000. Berlín, Alemania: Centro de Estudios Públicos.

Manns, Patricio. *Breve síntesis del movimiento obrero*. 1972. Santiago de Chile: Editora Nacional Quimantú

Moulián, Tomás. *Chile actual: anatomía de un mito*. 1998. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2002.

Naranjo, Pedro (et.al). *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR*. 2004. Santiago de Chile: LOM ediciones.

Pérez de Arce, Hermógenes. *Comentarios Escogidos*. 1973. Santiago de Chile: Ediciones Portada.

Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. *Historia Contemporánea de Chile, Tomo V. Niñez y juventud*. 2002. Santiago de Chile: LOM ediciones.

Salinas C., Maximiliano (A). “Risa y Cultura en Chile”. *Documento de trabajo n° 1, Centro de Investigaciones Sociales*. Universidad Arcis (1996): 3 - 35.

_____ (B) *De Atenea a Afrodita: la risa en la cultura chilena*. Conferencia de Clausura Escuela de verano. Universidad de Concepción (2007).

_____ (C) “La estética de la seriedad. El ideal caballeresco de la desigualdad en Occidente”. *Revista Mapocho* (2005).

Soto, Ángel. “Caricatura y agitación política en Chile durante la Unidad popular, 1970-1973”. *Bicentenario: Revista de historia de Chile y América*. (2003).

Soto, Francisco. *Fascismo y Opus Dei en Chile*. 1976. España: Editorial Avance.

Weber, Max. *Ética Protestante*. 2004. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Libertador.